

CUENTO N° 170

TÍTULO: EL AMOR DESOLADO

SEUDÓNIMO: ELÍAS PROUD

El amor desolado

Elías Proud

Hacía ya unos meses que lo veía sentado en la mesa que ocupa el centro del bar con la vista fija en el ventanal que da a la calle.

Siempre a la misma hora, cercana al anochecer, como si fuera un ritual, bebiendo un café que al terminarlo jugaba con el pocillo girándolo en el dedo índice de la mano derecha.

Los primeros días le resté importancia, luego comencé a decirle buenas tardes; después ¿Cómo está? y por último compartí la misma mesa y una muy interesante charla.

Era muy agradable hablar con él, tenía un amplio conocimiento de cultura general; en realidad era una enciclopedia. Tema que se trataba parecía haber vivenciado esa parte de la historia; se expresaba con una soltura que no condecía con su edad y portaba una lucidez que cualquier joven envidiaría. Daba la impresión de ser muy anciano, pero de contextura maciza, atlética, que transgredía con el arrugado rostro. Pero lo que más me llamó la atención fueron sus ojos marrones quienes delataban una edad más antigua, más añosa, como si milenios le atravesaran las pupilas.

Siempre preguntaba sobre mi familia, nunca lo tomé como un acto de curiosidad más bien como uno de cortesía. Solía vestir de manera muy sencilla: camisa lisa, pantalón negro, tiradores y un saco de fino corte inglés de color gris claro cuadrillé. No llevaba reloj pero parecía saber qué hora era en cualquier momento; en un principio se lo atribuí al delator reloj de pared que pendía sobre el mostrador, pero una noche nos retiramos juntos, continuamos la conversación en la esquina por largo rato y dijo: “Se le va a ser tarde para la cena, ya son las nueve y treinta y tres horas” Miré mi reloj y esa era la hora exacta. Le quité importancia al hecho, podía ser que me jugara un truco, pero no fue así.

Esa noche no pude pegar un ojo, los pensamientos me desvelaron, aparte de las deudas que por cierto no eran pocas. Pero lo que me quitó el sueño fue ese hombre que había conocido en el bar y dijo llamarse Athan nombre de origen griego al igual que el apellido que nunca divulgó. Lo curioso fue que, sin yo comentarle mis deudas con el banco, me habló sobre ello, no directamente, mas se dio a entender.

Esa noche no sólo el desvelo me mortificaba, también la personalidad de Athan que era arrolladora. Había en su ser algo fuera de lo común, aunque su imagen era demasiado

común. No recuerdo haber esperado con tantas ansias la noche siguiente para encontrarlo y descubrir su alma que estaba oculta dentro de los párpados.

Volví al bar, todo se encontraba muy quieto; demasiado pasible, salvo Athan que bebía su eterno y humeante café.

Una persistente llovizna venía molestando desde la mañana. El frío se intensificaba a medida del paso de las horas. La calle estaba desierta; los vehículos pasaban lentos y se perdían en el espejo de agua que se había formado en la avenida.

Cuando iba a tomar asiento, se levantó con el pocillo en la mano y dijo que nos sentáramos en la mesa debajo del ventanal, que le gustaba ver la lluvia golpear los cristales.

Su extraviada mirada daba la sensación que transitaba una antigua nostalgia y reverberaba un amor sin rostro que caminaba sobre sus recuerdos. Lo convidé con otro café, prefirió un coñac pidiéndome que lo acompañe porque debía decirme algo importante.

Bebimos sin prisa, encendió un cigarrillo y dibujó el aire con concéntricas argollas de humo que se desvanecían como mis palabras en el eco del silencio cuando la ansiedad me pellizcaba la razón.

Dicen que la paciencia es una noble virtud, virtud de la cual me apeé en esos momentos, virtud que me lastimaba los hombros porque la cargaba contra mi voluntad. Estuvimos callados cerca de media hora, él meditaba y miraba por el ventanal la lluvia que caía con más ímpetu, yo jugueteaba con una servilleta de papel tratando de hacer un barquito.

En un momento su voz se desperezó para preguntarme si alguna vez estuve enamorado. Le respondí que sí, pero que todo quedó sujeto al olvido porque por esas cuestiones que tiene la vida apareció otra mujer y fue más fuerte la lujuria que el verdadero amor que aquella me ofrecía y que desdeñé como un imbécil y ahora la soledad es mi fiel y cruel acompañante.

Quedó pensativo, como si un anacrónico recuerdo lo envolviera para arrojarlo con furia contra el arrepentimiento; tal vez algo parecido a lo mío; no existe la vara que mida el amor al igual que la vara que mida la traición y yo me sentí un traidor con quien me quería bien.

Nuevamente su voz, esta vez con un dejo de angustia, una angustia venida desde las entrañas y, leyendo mis pensamientos, habló así:

—Sé que me preguntará lo mismo que yo le pregunté. Sí, he amado muchas veces y he tenido muchos hijos a los que no a todos he conocido. Mi interminable viaje por el mundo hizo que dejara mi semilla en cientos de vientres, pero un sólo amor estremeció mi corazón de piedra. Ella fue única, bellísima, me miraba con ternura y fueron los únicos ojos que me rescataron del abismo.

Ella era un diamante entre las acequias secas de Palestina; ella venía perfumada de olivos y el sol se reflejaba en su negra cabellera. Un día la cortejé como un mendigo, luego como un soldado, después como un príncipe; le mostré mis diferentes facetas y reía diciéndome que estaba loco pero que era divertido. Caminamos infinidad de tardes por la ciudad colmada de mercaderes y estafadores; las noches eran opulentas manos que me hundían en su piel y bebíamos del mejor vino traído del otro lado del Mediterráneo. Por primera vez la incertidumbre me zamarreó los pensamientos y por poco el fuego del amor me incinera. Pero apareció él y todo cambió. Él fue quien me robó lo poco que me quedaba de corazón. Ardió todo mi ser, vomité imprecaciones sobre su alma que luego se hicieron realidad; lo maldije sobre todos los tiempos; hice lo imposible para que lo castiguen y fue castigado. Sufrió el peor de los tormentos que un hombre pueda sufrir y se mantuvo estoico ante las iniquidades. El dolor y el sufrimiento y lo que quise destruir lo inmortalicé y, ella le brindó todo su amor, ese amor que nunca obtuve.

Puedo asegurar que ninguno de los dos me traicionó, pero lo creí así. Ella nunca me prometió nada. Eso lo supe siempre porque lo vi mucho antes que sucediera, pero dicen que no hay peor ciego que el que no quiere ver; a veces la sabiduría es increpada con los lazos del amor y queda relegada a la condición del espíritu que se desprende de la carne y vive una realidad diferente a la que el ser consciente vive.

He sabido fomentar y aplacar mi odio; volví a recuperar mi fortaleza dentro de la maldad, del escepticismo, de la crueldad, de la mentira que es la peor arma que blande la humanidad; mata, destruye, divide y reina hasta que la verdad de los justos la aplasta pero no sin antes dejar un tendal de hipocresías que allanan al mundo; es una enfermedad que se ramifica en estos tiempos y en los venideros se magnificará; en ella

vive el recelo de la cobardía y serán pocos los que queden a su margen porque es más fácil desentenderse de los problemas que afrontarlos dignamente con la verdad. La verdad es el antídoto que cura el alma, pero es más cómodo esgrimir la falsedad y la vana sonrisa para ser aceptado en una sociedad de hipócritas y especuladores. Él trabajó con la verdad y fue reprimido, pero su verdad atravesó los tiempos y fortificó los espíritus dejando que la mentira se diluya en su propio fango; mas hay hombres que la rescatan para beneficio propio contaminando de esa manera a la raza.

No sabía que responder a tan semejante confesión. Pedí otros dos coñac, lo miré fijamente, era como adentrarse en una cueva oscura y fría, vi —o quiso que lo viera— una enorme casa de fuego, las paredes ardían al igual que los techos y Athan caminando por los pasillos plagados de brasas. Di un ahogado gemido echando la silla hacia atrás. Me miró con un apagado gesto alcanzándome una copa de coñac. Fue tanto el espanto que no divisé al camarero traerlas.

El silencio era un quieto mensajero que buscaba las palabras justas para continuar la charla, hasta que no aguanté más y pregunté quién era en realidad y quién era esa mujer que tanto lo lastimó.

Señaló la acera diciendo que bella es la lluvia cuando trae olor a tierra y volvió a callar. Bebió la copa de un sorbo y me preguntó si creía en los “Annunaki”. El desconcierto me sacudió los hombros y respondí que no podía creer en lo que no sabía qué o quiénes eran. Respiró profundo diciendo con aire fatigado, que tampoco se sabe quién es Dios y sin embargo, se cree en él.

—Los “Annunaki” —dijo— son, mejor dicho eran, deidades sumerias y acacias que favorecían los deseos y las peticiones de los creyentes al igual que los dioses de cualquier cultura; ellos según versiones eran seres venidos de otros mundos que fecundaron a las mujeres Neandertal, para darle nacimiento a la especie humana; hoy se los llaman extraterrestre, y es cierto, pero no porque vinieran del espacio exterior, sino que han venido de un mundo en donde el hombre no tiene entrada. Ellos eran ángeles caídos, esos ángeles que se rebelaron a los preceptos y órdenes de Dios para ser ellos mismos alcanzando así el grado máximo del libre albedrío. Se preguntará el por qué le digo esto, simple, porque yo fui el más poderoso de ellos, el jefe, el primero que se

atrevió a desafiar a Dios. Luego de una encarnizada lucha contra sus huestes de ángeles y arcángeles se me prohibió la entrada en los cielos y mi morada está aquí en este mundo pero en otro vórtice. Mi reino no carece de príncipes ni de princesas, pero igualmente aquella fue la única que podría haber sido mi reina, la única con el espíritu preparado para sentarse a mi diestra, la única con corazón humano que me hizo sentir humano por primera vez. Pero eligió a otro rey, lo eligió a Él, ese que se sienta a la diestra de aquel que alguna vez cuando aún el mundo se hallaba en su estado virginal me desheredó del trono que por supremacía me pertenecía. Igualmente creé mi propio reino y reino sobre todas las cosas que afectan a la humanidad y muchos me idolatran creyendo que tendrán un lugar de privilegio a mi lado; pobres infelices... Mi nombre en griego significa "Inmortal". En realidad, tengo muchos nombres según la religión que se profese.

Era imposible que creyera tamaña palabrería; supuse que era un loco que se hacía pasar por cuerdo hasta mostrar su demencia. Reí con ganas, aún llovía, y no había nadie en las calles. Él también rió con ganas diciendo que detestaba la mentira aunque ésta lo alimente. Y entre carcajadas insistí a que termine la fantástica historia que estaba relatando volviéndolo a interrogar sobre quién era esa apasionada mujer que lo enloqueció. Que podría escribir una novela porque su imaginación volaba más rápido que un colibrí.

Meneó la cabeza diciendo:

—¿No me cree verdad?, lógico no es creíble, es demasiado denso y grave como para asimilarlo de una vez. Vea —sacó una navaja y me cortó el rostro.

Retrocedí con el asiento y caí, me toqué el pómulo izquierdo y no había sangre, ni dolor, ni ardor; nada. Cuando me repuse del susto le grité que estaba loco, que era un enfermo mental y que esas no son bromas para hacer. Se quedó mirándome con una mirada infinita y dijo como si fuera algo sin relevancia: "No es broma, usted está muerto".

Esas palabras rebalsaron el vaso, me levanté para irme, algo me sacudió y ya no estaba el bar, ni la calle, ni la lluvia; era todo borroso, Athan se encontraba a mi lado y tomándome de la mano me condujo a una sala inmensa con una gran balanza con raras inscripciones, diciéndome:

—Algunas cosas lo condenan, otras lo exoneran, es el momento de pesarse. Si sus

malos actos en vida superan los buenos vendrá conmigo, sino, irá donde descansan los nobles de espíritu.

Antes de subir a la báscula volví a preguntarle quién era esa mujer que tanto amó y tanto lo lastimó.

—María Magdalena —respondió con cierta congoja.